

IDENTIDAD CRIOLLA Y CREACIÓN LITERARIA EN JORGE LUIS BORGES

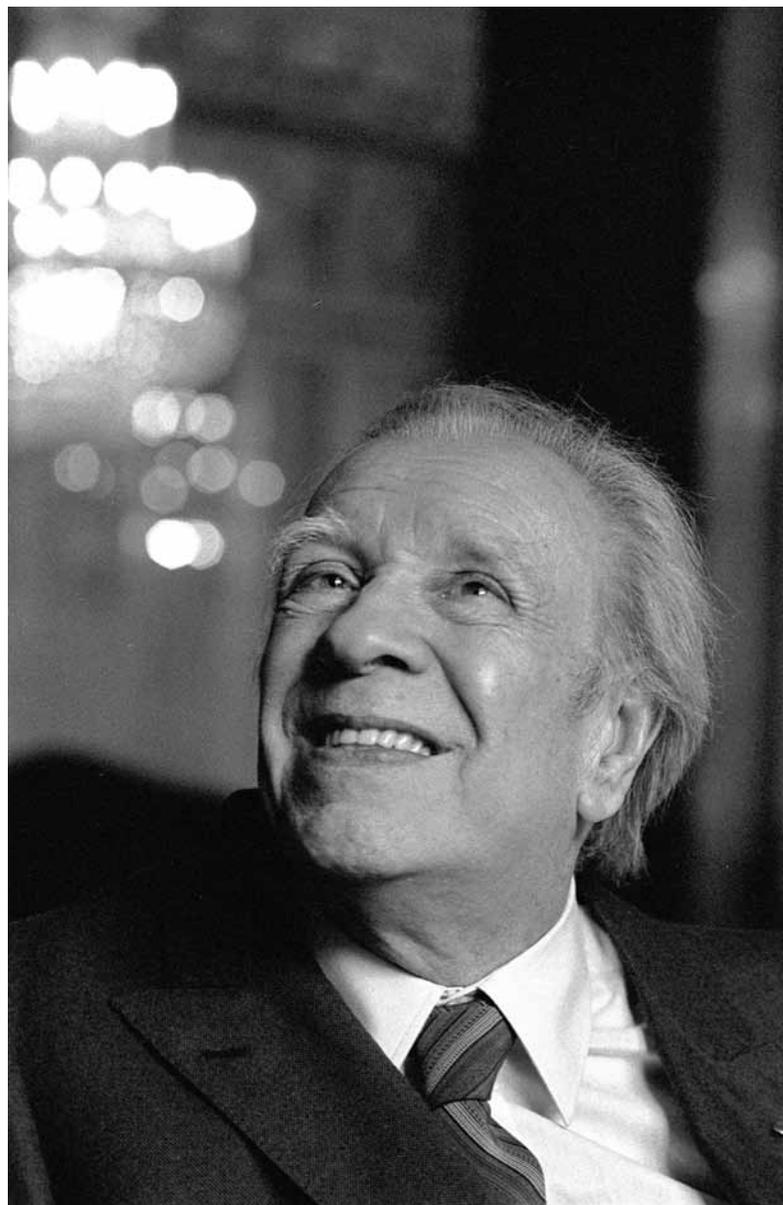
Carlos Mariano Tur Donatti

El comentario de un especialista norteamericano sobre la literatura borgeana y una afirmación del propio Borges sobre sus orígenes familiares, me decidieron a redactar este artículo sobre la mentalidad criolla profunda del celebrado escritor porteño.

En su conocida antología sobre el cuento latinoamericano, Seymour Menton, sostiene: “Nadie niega la importancia de Borges en el desarrollo del cuento hispanoamericano. Hombre erudito e ingenioso, sus cuentos fascinan a sus colegas, a los críticos y a los catedráticos de literatura. Sin embargo —prosigue Menton— algunos críticos de la generación de David Viñas y otros más jóvenes lo han tachado de escapista y de reaccionario, por la que llaman su actitud despreocupada frente a los graves problemas nacionales y continentales.”¹ Asumiendo la defensa de Borges, Menton replica: “Toca preguntar si se le puede llamar escapista a un hombre que ha convertido el cuento en un género para expresar conceptos filosóficos sobre la naturaleza del hombre, de la historia y de la realidad de todas las épocas.”²

Respecto a la segunda cuestión mencionada, los orígenes familiares de Borges, él mismo en una entrevista que concedió a la televisión española dijo descender de conquistadores españoles. Estos serían Jerónimo Luis de Cabrera, fundador de la ciudad de Córdoba 1573, y Juan de Garay, a la vez fundador en el mismo año de la ciudad de Santa Fe, y en 1580 responsable de la segunda y definitiva fundación de Buenos Aires. Esta afirmación de la más rancia prosapia hispana —que suponemos sería— no hubiera extrañado al escritor nacionalista Ramón Doll, que en fecha tan temprana como 1933 definía la personalidad de Borges como muy criolla, tanto en términos raciales como de temperamento.³

Las críticas a Borges en la vida cultural argentina han surgido tanto de las tendencias nacionalistas como de las capillas de la izquierda y él no ha rehuído a la polémica, al contrario, la enconaba con sus dardos descalificadores, al



estilo de aquel famoso referido a los peronistas que no serían ni buenos ni malos —explicaba— sino simplemente incorregibles. Desde el campo de sus adversarios tampoco escaseaban los rasgos de ingenio impugnador: Jorge Abelardo Ramos, por ejemplo, lo denominaba “Jorge Luis Borges, bibliotecario de Alejandría”⁴; o el crítico más

¹ Seymour Menton, *El cuento hispanoamericano. Antología crítico-histórica*, México, Fondo de Cultura Económica, 1986, p. 341.

² *Ibid.*

³ Ramón Doll, “Discusiones con Borges” en Juan Fló, compilador, *Contra Borges*, Buenos Aires, Galerna, 1978, p. 64.

⁴ Jorge Abelardo Ramos, “Borges, bibliotecario de Alejandría” en Juan Fló, *op. cit.*, p. 113.

Más allá de la sátira punzante y la caricatura poco encubierta, Borges gustaba definirse con total claridad y contundencia sobre las encrucijadas de la cultura argentina y de la política mundial

sólido de la generación de 1955, Adolfo Prieto, aseguraba que “ingenio, erudición y gran estilo, no garantizan una gran literatura”, y remata su juicio calificando de ociosa y enteramente prescindible la producción borgeana.⁵

Borges, sin embargo, más allá de la sátira punzante y la caricatura poco encubierta, gustaba definirse con total claridad y contundencia sobre las encrucijadas de la cultura argentina y de la política mundial. Dejando de lado su juvenil simpatía por la Revolución Rusa y por la candidatura de Hipólito Yrigoyen en 1928, en los años posteriores de crisis generalizada se agudiza en Argentina la polémica ideológica-cultural, y Borges se pronuncia en su conocido texto de 1935, “El escritor argentino y la tradición.” Elige como interlocutores de su deslinde a los nacionalistas hispanizantes y a su neorromanticismo criollo. Con filoso estilo polémico, les propina un nada inocente consejo: “El culto argentino del color local es un reciente culto europeo —alusión transparente al nazismo— que los nacionalistas deberían rechazar por foráneo.”⁶ Prosiguiendo con sus señalamientos polémicos, apunta: “Los nacionalistas simulan venerar las capacidades de la mente argentina pero quieren limitar el ejercicio poético de esa mente a algunos pobres temas locales, como si los argentinos sólo pudiéramos hablar de orillas y estancias y no del universo.”⁷ Borges finalmente precisa cuál es la tradición argentina: “Creo que nuestra tradición es toda la cultura occidental, y creo también que tenemos derecho a esta tradición mayor que el que pueda tener los habitantes de una u otra nación occidental.”⁸

Marcando además sus diferencias con respecto a las tomas de posición de los intelectuales nacionalistas, algunos de ellos prominentes funcionarios del gobierno surgido del golpe de Estado militar de 1943, Borges descarga con implacable precisión su artillería dialéctica:

Esos versátiles, a fuerza de ejercer la incoherencia, han perdido toda noción de que ésta debe justificarse: veneran la raza germánica pero abominan de la

⁵ Juan Carlos Portantiero, “Borges y la nueva generación de Adolfo Prieto”, *Plática*, Buenos Aires, Letras Universitarias, n. 12, 1955.

⁶ Jorge Luis Borges, *Prosa Completa*, Volumen I, Barcelona, Bruguera-Emecé, 1984, p. 221.

⁷ *Ibid.*, p. 222.

⁸ *Ibid.*, p. 224.



Borges y un grupo de escritores se reúnen con el presidente argentino Jorge R. Videla

América “sajona”; condenan los artículos de Versalles, pero aplaudieron los prodigios del Blitzkrieg; son antisemitas, pero profesan una religión de origen hebreo; bendicen la guerra submarina, pero reprueban con vigor las piraterías británicas; denuncian el imperialismo, pero vindican y promulgan la tesis del espacio vital; idolatran a San Martín, pero opinan que la independencia de América fue un error; aplican a los actos de Inglaterra el canon de Jesús, pero a los de Alemania el de Zarathustra⁹

Tan contundente deslinde de campos políticos locales e internacionales, no impide a Borges encontrar un territorio de relativa coincidencia con sus adversarios nacionalistas. Pero este ámbito de cierta confluencia está referido al pasado. Borges lo escribe así: “En lo que se refiere a la historia argentina, creo que todos nosotros la sentimos profundamente; y es natural que la sintamos, porque está, por la cronología y por la sangre, muy cerca de nosotros; los nombres, las batallas de las guerras civiles, la guerra de la independencia, todo está, en el tiempo y en la tradición familiar, muy cerca de nosotros.”¹⁰

La sangre, la tradición familiar, el pasado sentido como heredad exclusiva, esa percepción de criollo viejo, llevaba a Borges a reconocer a los nacionalistas como pares en señorío, aunque en trincheras culturales y políticas enfrentadas. Actitud muy distinta merecían los escritores del grupo Boedo, cultores de una cargada literatura social, que le despertaban una actitud despectiva y descalificadora, como de quien mira desde las alturas de la historia y la cultura a un atajo de advenedizos groseros y molestos.¹¹

Estos rechazos agresivos y estas implícitas afinidades se explican por la identidad criolla profunda, que compartían tanto Borges y sus amigos de la revista *Sur*, como la mayoría de los intelectuales nacionalistas; identidad muy

⁹ Jorge Luis Borges, *Prosa Completa*, Volumen III, Barcelona, Bruguera-Emecé, 1985, p. 139.

¹⁰ Jorge Luis Borges, *Prosa Completa*, Volumen I, *op. cit.*, p. 223-224.

¹¹ *Ibid.*, p. 65.

lejana del sentir de aquellos hijos de la inmigración reciente que se agrupaban en Boedo. La pretensión de integrar una aristocracia fundadora de la patria criolla, no era una ocurrencia individual de Borges, otros creadores de la talla de Leopoldo Lugones y Manuel Gálvez también reclamaban blasones nobiliarios, pero desde el campo del nacionalismo elitista y autoritario.

Esta autopercepción de aristócrata de la sangre y la inteligencia recorta drásticamente su imagen del país, de la que destierra a los decisivos agricultores italianos pero no lo priva de expresar añejos prejuicios xenófobos; de los italianos afirma, por ejemplo, escudándose en la complicidad de Evaristo Carriego, que pueden hacer todo lo que se les ocurra en la república, salvo ser realmente tomados en serio. El rechazo étnico-clasista lo atempera con la aclaración de que esta actitud es “el desquite benevolente e irónico de los hijos del país.”¹²

Pero no tenía la misma calidad de “hijo del país” Evaristo Carriego, criollo pobre que incorpora a la poesía argentina la vida cotidiana de los barrios humildes, que alguien como Jorge Luis Borges y su evocación del pasado patrio y familiar. En una dedicatoria a su madre, Leonor Acevedo de Borges, rememora agradecido: “Desde entonces me has dado tantas cosas y son tantos los años y los recuerdos. Padre, Norah, los abuelos, tu memoria y en ella la memoria de los mayores —los patios, los esclavos, el aguacatero, la carga de los húsares del Perú y el oprobio de Rosas—.”¹³

Esta evocación de ánimo tradicionalista y prosa exquisita, ¿no la hubieran redactado con íntimo gozo Manuel Gálvez o Gustavo Martínez Zúñiga? Otro rasgo de mentalidad de criollo viejo que lo emparenta con sus adversarios nacionalistas y aleja del país urbano y conflictivo del siglo XX, es aquella aserción suya de que los argentinos nos identificamos con el jinete, porque campo y caballo constituyen “el fondo de toda conciencia argentina.”¹⁴ Esta inclinación hacia el pasado rural y sus lentos ciclos naturales tiene cierta relación con su idea despectiva e irreversible del proceso histórico. “Si la historia universal es la historia de Bouvard y Pécuchet —asienta Borges— todo lo que integra es ridículo y deleznable.”¹⁵

Si la historia carece entonces de todo sentido y resulta “una repetición cíclica más o menos fatalmente preestablecida —interpreta Blas Matamoras— nada le queda al hombre por hacer en ella: ni proyecto ni rechazo ni crítica ni rebelión. Solamente sumisión.”¹⁶ El sentido profundamente conservador de esta concepción quietista

¹² *Ibid.*, p. 31.

¹³ *Ibid.*, p. 11.

¹⁴ *Ibid.*, p. 37.

¹⁵ Blas Matamoras, “El juego trascendente” en Juan Fló, compilador, *op. cit.*, p. 178.

¹⁶ *Ibid.*, p. 179.

En el siglo XX argentino las discrepancias estéticas y políticas entre las vanguardias cosmopolitas y las retaguardias nacionalistas, constituyeron las dos caras complementarias de la cultura dominante

de la historia quizá sea el plano de coincidencia más cabalmente inclinado hacia lo tradicional, que termina confundiendo a Borges con sus interlocutores-adversarios nacionalistas.

En el siglo XX argentino las discrepancias estéticas y políticas entre los vanguardistas cosmopolitas y los retaguardistas nacionalistas, constituyeron las dos caras complementarias de la cultura dominante, que compartieron un fondo de identidad criolla sustentada en una evolución secular. La idea generalizada sobre el europeísmo de la cultura argentina se refiere a influencias y parentescos reconocidos, pero en cierto sentido resulta parcial y superficial. Excepcionales observadores latinoamericanos, como José Vasconcelos y Pedro Henríquez Ureña, comprobaron la impronta criolla que se había impuesto a una sociedad en acelerada construcción, de notoria creatividad cultural y creciente conflictividad.

A Jorge Luis Borges, la generación de 1955 lo descalificó con ánimo parricida, exagerando cierto alejamiento borgeano de los enfrentamientos entre partidos políticos y clases sociales en Argentina, pero con la perspectiva que facilitan las décadas transcurridas, podemos afirmar que Borges supo combinar claras definiciones estéticas y políticas con la producción de una vasta obra poética y narrativa, tan deslumbrante como enigmática y elitista. Pero el amor por la cultura anglosajona y la audacia de su apertura cosmopolita, no alcanzaron a oscurecer su identidad de aristócrata criollo de las letras y la inteligencia. En definitiva, consumó con inusual talento creativo un mestizaje simbólico que le permitió cumplir —como al personaje de uno de sus poemas— un singular destino sudamericano. ■

Carlos M. Tur Donatti (Santa Fe, 1938). Historiador argentino, especialista en América Latina Contemporánea. Profesor-investigador del Instituto Nacional de Antropología e Historia y docente en la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM. Ha publicado artículos y ensayos en revistas académicas y libros colectivos en Argentina, México y otros países latinoamericanos. Autor de *La utopía del regreso. La cultura del nacionalismo hispanista en América Latina y Eurocriollismo, Globalización e Historiografía en América Latina* (en coautoría con Hernán Taboada). Ha ejercido la docencia en las Facultades de Economía y Filosofía y Letras de la UNAM, la Escuela Nacional de Antropología e Historia, El Colegio de México y la Universidad del Claustro de Sor Juana.